CUATRO POEMAS

DE

MANUEL DEL CABRAL

CARTA A COMPADRE MON

Por una de tus venas me iré Cibao adentro.
Y lo sabrá el barbero, aquel que los domingos
te podaba las barbas
como quien poda un árbol de la patria.
Y también Domitila lo sabrá, Domitila,
que mientras comadreaba tenía entre las manos
unos duendes que hacían pan sabroso hasta el lodo.
Y hablo de Domitila, porque sin esa cosa...
quizá ni tu revólver fuera un poco de pueblo.
Porque ella fué tu risa, fué tu pan y tu catre.
¿Qué hubiera sido entonces de esas cosas humildes
que tocaron tus manos, tu calor, tus pisadas?
Tu caballo,
hubiera sido siempre una bestia cualquiera.
Tal vez sin estas cosas los muchachos con sueño
ya hubieran enterrado tu pistola, tu espuela;
todo lo que en tu cuerpo y en tu aire
es la tierra que quiso no quedarse dormida.

Porque tú, que no fuiste nunca niño de escuela,
a la escuela te llevan en la boca los niños.
Es que no quiero hablar de tus cosas mayores,
ni aun de aquella extraña madrugada en que diste
órdenes a un soldado
para que repicara las campanas
por tu llegada al pueblo.

No. No quiero hablar ahora de tus cosas de todos.
De lo que quiero ahora
es hablar del remiendo que te hacía la tía
en aquellos no aun gloriosos pantalones...
Hablo de la ternura con que tú ya besabas
sus manos costureras, cuando aun tus bolsillos
se cargaban de piedras para romper faroles.
La gente que te vió tan pequeñito
no pensó que la tierra se iba a poner tan grande...

Ahora,
cualquiera cosa tuya huele a patria.
Hasta Tico, el lechero
que llega con un poco de leche en su sonrisa,
y me dice:
—aquí, Manuel, estuvo Mon un día;
¡que no rompan la silla donde lo vi sentado,
arrimado a esta puerta!—

Ya ves, compadre Mon,
no puedo hablarte ya de cosas grandes;
tu pistola, tus barbas, tu caballo,
tu nombre,
todo es pequeño junto a esta sonrisa.
¡Cómo brilla tu historia en los dientes de Tico!
¡Qué grande estás, compadre Mon, en esas
cosas pequeñas!...
Por las venas de Tico yo me iré Mon adentro,

El maïz no lo sabe,
ni el trueno,
ni el agua.
Pero tú estás en el maíz del niño
que piensa crecer mucho y tener tu tamaño,
y tener un caballo como el tuyo,
que entró en la historia a fuerza de ser patria.

El trueno no lo sabe,
pero tú estás en la garganta ronca
de los tambores que enronquecieron
de tanto hablar de ti..., de los rugidos
del paso de tu sangre.

El agua no lo sabe,
pero eres el agua con un cuento...
tú le pusiste edad al agua de los hombres,
al agua que más duele..., la pesada
¡que siempre llena venas, y con sed siempre el hombre!

Sin embargo, no quiero,
no quiero hablar, compadre Mon, de esas
cosas visibles tuyas...
Yo prefiero decirte que Cachón, un muchacho
enclenque de mi pueblo,
estuvo muchos días y demasiadas noches,
torturándose,
fabricando,
puliendo unas estrofas, y luego, sin comer,
muchas veces,
iba a mi casa, casi asustado,
casi tartamudo, sorprendido,
y como quien comete su más sagrado crimen,
me decía: —Manuel, aquí tengo una cosa
que quiero que tú veas—.

Pero nunca, nunca pude leerla,
porque temblaba para darme aquello...
y volvía a su casa con aquello en secreto.
y volvía a pulir,
y a no dormir,
ni comer,
y volvía a hablar solo.

De esto, Mon, sí quiero casi hablarte en familia:
de aquel muchacho débil escribiendo tu nombre,
buscando entre tus barbas raíces de la tierra,
los árboles perdidos de la patria...

De esto, Mon, sí quiero casi hablarte en familia:
de aquel muchacho en huesos
que iba a la barbería
y diez veces le preguntaba al barbero
que cuánto le debía...
(Porque, Mon, es muy triste
no terminar un verso.)

Aquel muchacho simple que perdió la memoria
y que yo le decía que comiera...
Aquella emoción pura que al nombrarte, parece
que se abría las venas para que se bebieran
hondo y tibio tu nombre.

Esto sí me parece que no deja que el tiempo
gaste hasta lo más simple de tu voz:
tu sonrisa.
Y a ti, compadre Mon, que te encontré una tarde
haciendo el hoyo puro
del futuro cadáver de tu cuerpo
(porque tenías un duelo aquella tarde).
Pero nunca supiste que tu muerte
no cabe en ningún hoyo de la tierra.

Yo mismo, que de niño te conocí en el aire
que respiraba el pueblo,
iba ya repartiéndome tu vida,
iba haciéndote un poco de mis cosas,
iba ya no dejándote morir...

Después el campanario se ocupó de tu nombre,
de tus cosas mayores.
Y era difícil ya que, como un hombre cualquiera,
te pegaras un tiro,
o te entregaras a menudencias,
a pequeñas manías;
porque hasta aquellas inútiles palabras a tu gato
tenían ya un sentido;
porque así son, Don Mon, todas las cosas
que pertenecen a lo que ya tiene
tamaño de destino...

Un simple canto de gallo que despierta
las cosas de la mañana,
toma de pronto la estatura de un siglo,
si entre las cosas que se despiertan con su canto
se levanta un caballo con la Historia en el lomo.

Te estoy diciendo esto, viejo Mon, ahora
en que hacer unos versos y ponerse a decirlos
es un peligro... tan grande
como ponerse a hacer la patria
con sables de madera de sándalo.
Porque nosotros, los que hacemos
estas cosas de sueño, no estamos preparados
para la fiesta del honor con precio...

Yo veo, a ratos, ciegos que tocan su instrumento
por unos cuantos cobres. Muchas veces,

después de sus canciones, voy a verme al espejo,
y miro bien mi cara para ver si es la mía...
Porque, a veces, cuando cantan los ciegos,
muchas cosas del cuerpo voy dejando
no sé a dónde...
Por eso,
pregunto por mi nombre cuando cantan los ciegos.

Te estoy diciendo esto porque a veces
lo que nació en tu pecho lo tienes en la mano...
Te estoy diciendo esto, viejo Mon, porque a ratos
hablas conmigo cosas que hablando no me dices.
He caminado mucho por los ríos
que vienen de tu cuerpo cuando a oscuras te hieren;
y sé que cuando sangras
te salen por las venas los sueños más varones.

Es que desde hace tiempo
tú construyes la patria, destruyéndote...

CACTUS

GRITO *de la tierra que no tiene cielo.*

Tú, que eres una letra solitaria,
igual que una esperanza con espinas.

Qué bien estás.
Perfectamente solo.
¡Como si conocieras a los hombres!

LA PALABRA COMIDA

A Panero y Rosales

COMIDA.
De niño—casi siempre—,
oía esa palabra que venía como un poco de aire,
de aire maternal que por todos los rincones
pasaba suelto,
sin compromiso,
sin pensamiento,
sin malicia,
sin nudos:
lo traía mi madre o mi tía o cualquiera...
y a veces, hasta el vecino honrado
lo echaba por el patio.

Después,
me puse grandecito,
y la palabra comida ya no la sentía
pasar como un aire limpio;
y como los oídos y los ojos
ya los tenía más abiertos,
veía que los que pronunciaban esa palabra
hacían un gran esfuerzo para decirla,
y sentía que caía en mis oídos
de una manera diferente,
era como un metal que venía de la sangre,
de algo que no pertenece al sonido, ni al aire,
un algo que era ya lo meditado.

Y crecí un poco más,
hasta llegar donde se mide el hombre.
Y he regresado a casa,

y he visto unos juguetes,
un cuchillo de juego,
un tenedor de juego,
un plato y otras cosas.
¿Y yo jugué con esto?
¡Ah, pero si debo regresar!
Y con mis manos llenas de callos que piensan,
llenas de cicatrices ajenas,
llenas de cerebro,
llenas de letras de arrugas,
llenas de historias de falsas caricias,
de apretones de mano hacia la noche,
pesadas de obligados, de protocolares adioses,
endurecidas, casi piedras,
de sostener tantos siglos un minuto...
esa dura porción de nuestra vida,
esa inútil verdad,
esa asquerosa responsabilidad,
ese pesado duende que odiamos y queremos,
ese «no te me vayas», «quédate un poco más»,
«tal vez hay algo», «quédate como un odio»,
«quédate como un fuego sin reposo en el grito».

Y con esas,
con esas horribles,
con esas manos sencillamente horribles,
con esas manos mayores,
me he puesto a jugar con Chinchina,
y su voz de siete años grita:
«comida»,
«comida».
Y yo le doy comida... ¡la que sabe a comida!
la que también a mí, a la edad de Chinchina,
me sabía a comida... sí, a comida...

¡Qué triste que te pones paladar cuando creces!
Sólo ya la palabra pantalón te sostiene.

Esto es llorar sin que lo sepa el ojo,
sin que lo sepa el agua...

SITIO DEL SUEÑO

HACIA *qué levantados designios nos lleva el gran viento,*
el gran viento de astros gobernados por ritmos ocultos,
por los ritmos eternos que también en la sangre conducen
los temblores del hombre, con sus dudas, sus duelos, sus sueños?
¿Con qué amago de lumbre terrestre no reposa el destino
en las múltiples formas de cosas y bestias que luchan
con un soplo inviolable, el instinto? Y es aquello
lo que pone en la sangre universos, lo que está todavía
resumiendo infinito en las venas. ¿Y en qué lengua recoge
lo que viene de lejos y tiembla, lo que tiene un idioma
y hace sílaba al pulso? Voy a ponerme ahora a decir cosas
que son siempre del niño. ¿Pero es que todavía no soñamos?
¿No está aquí la distancia? ¿No ve el hombre un tumulto de alas?
¿No ve los grandes pájaros que de pronto aproximan edades?

Y veremos los días gigantes en un poco de llanto.
¿Será con ese puro diamante que se cae de los párpados
que podrán las espadas lavar su filo? Oigo ahora
un huracán social, un empujón de auroras bajo el luto.
Y hablan del mar las venas, y oigo el mar de mañana, lo traen
del tamaño de un grito; tiene ahora estatura la fiera...

Pero es niña la fecha, y algo duerme en el hombre; ¡no duerme!
se despierta asustado, porque el aire ya es hombre...
Venid a ver ahora lo que hace el aire, el hombre;
los átomos que caen traen el sueño vestido de vacío.
Mirad allí un insigne montón de huesos rotos. Yo busco
los caminos del mundo. Pero todos los caminos del mundo
duermen bajo el inmóvil tumulto de esqueletos. Duermen,
pero no para siempre... Esperarán mañana, porque hay san-
gres
que no se van del cuerpo; porque hay sangres que solo
pertenecen al mundo. Mirad de pie ese ocaso, que ahora
las grandes barbas del Tiempo se salpican de venas;
tiemblan como banderas que van hacia la Historia.

Y una cosa está allí, que a la puerta del sueño reposa,
y su plural silencio, que tendrá para el hombre sus signos,
porque de allí los pueblos con el árbol de claves de oráculos
hablar podrán de cosas que hablan sólo la bestia del aire
y la lengua del fuego que repite prehistorias oscuras;
porque aun a los hombres los están ensayando los dioses;
porque aun al instinto le preparan su sueño despierto.

Se aproximan los días que rigen los secretos eternos,
¿es que aun nos esperan? El agua que hasta ahora es una in-
fancia,
y el trigo que hasta ahora es un poco del día en la mano,
y el aire que hasta ayer fué franciscano; y el sol que todavía
dora el tiempo en la piel, la piel que se nos cae en la palabra.
Alguien mañana nos juntará en un grito. Pero mañana.
¿Qué nombre tendrá el trigo? ¿Y qué sabor, si siempre
lo ha de abonar el polvo de los cráneos anónimos? Mañana,
¿qué nombre tendrá el río si viene de los párpados? Pero hoy...
¿qué nombre tiene el día, si su terrible luz viene del átomo?

Mas es joven la sombra, y es anciano el aliento que trae
latidos que preñan de cosmos las cosas pequeñas...

Allí donde las piedras resumen palabras distantes;
allí donde las piedras resumen espacios y ritmos;
porque allí, sólo y siempre, hallaremos al genio sin forma
sacando continentes de las nieblas que fueron principios...

Venid aquí a mirarlo los que no conocieron su esencia,
los que llegaron tarde, y asustáronse a fuerza de lámparas.
Venid aquí a sentirlo, su semilla revienta futuros.
Pero ¿con qué soñamos, con qué nos crecieron las cosas?
¿Está allí lo primero... lo que ha tiempo tembló para hacernos?
Venid aquí a mirarlo. Llega por todas partes. Lo trae
con su duende de piedra la Esfinge. No duermas,
esqueleto del Tiempo, que naciones encarnan sus fósiles,
que hay un rumor de huesos que levantan pesados derechos.

A la puerta del pulso crecen ya anunciaciones que esperan
la palabra exprimida en la horca. ¿Pero está aquí el olvido...
en la ruina que vence al pasado? ¿Con qué feto de sueño
se quedaron los ojos? ¿No está allí el sacrificio temblando
en el sacro resumen del día que lustra la lágrima?
Porque aun está haciendo su alba la vejez de la ola.
¿Por quién, si no por ella, por la noche? ¿Pero está solo el
hombre?
¿No estará en su partida? Tercos golpes oscuros lo asombran,
y de pronto, en un punto, en la herida, junta todos los siglos;
mas tal vez, por la herida, sale, en vez de la muerte, la aurora.

Venid aquí a mirarla, donde el reloj es tonto todavía...
Aquí el tiempo no puede marcar la despedida..., no puede
luchar con estas cosas... porque hablamos de aquello...
del gran viento que viene sin fecha... Así un día, mañana,
nos hallarán lo mismo si hablamos de estos niños, porque
siempre
apedreamos al Tiempo con la piedra profunda de la Esfinge.

Madrid, 1948.